

# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 237

25 cts

19 ENERO  
1930



— ¿QUÉ TE HA SUCEDIDO?  
— QUE ME HAN TIRADO UNAS SARDINAS A LA CABEZA?  
— ¿Y COMO TE HAN HECHO TANTO DAÑO?  
— ¡PORQUE ESTABAN EN LATA!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANELLA Y A. N. BARBIERI

(Continuación)

derecho de traicionar a sus compañeros, de acusarles de lo que también ha sido culpa suya, de perderlos cuando ha sido gracias a ellos como ha podido pasar tranquilamente, rico y respetado, los últimos años de su vida, en este país donde ha venido a sepultar no sé decir si su estúpido remordimiento o su deshonra provechosa...? Dígalo usted, señor Mandiguet, usted que es un hombre de buen sentido.

«Yo hubiera podido rebatirle argumentando que, siendo yo no sólo un hombre de buen sentido sino también de buen sentido moral, juzgaba ante todo que no era absolutamente justo que el inocente viviese condenado a galeras mientras los verdaderos culpables se las arreglaban más o menos alegremente por el mundo. Pero opté por callar, limitándome a alguna que otra sacudida de cabeza, esperando a saber a dónde aquel prototipo de tunante ofendido quería ir a parar con su larga premisa.

«—Por fortuna—continuó al persuadirse de que yo no debía de abundar precisamente en su opinión—un azar de esos que podemos calificar de extraordinarios nos ha hecho conocer el triste propósito de Larouchy, y hemos podido de ese modo prepararnos para anular las consecuencias de su traición. Y bien podemos decir que en adelante lo tendremos conseguido. En efecto...

«—En efecto, ¿qué?—no puede menos de preguntar, con el temor de que todo en lo sucesivo fuera ya vano.

«—En efecto, hemos podido adelantarnos a usted en estos parajes casi un mes; y...

«—¿Y...?

«—Y... ¡nadad! Usted debía llegar a apoderarse de los documentos que interesan a su amigo, ¿no es así?; y en lugar de eso está usted aquí en nuestras manos. ¡Eso es todo! ¿Le parece a usted poco para nosotros, señor Mandiguet?

«No me parecía poco, a la verdad, porque en aquel momento no hubiera dado ni medio ocha-vo por mi piel; aun el pensamiento de que mis competidores no debían de haber logrado hacerse todavía con los papeles, fué para mí un gran alivio. Y me atreví a esperar... todavía.

«—Continúe usted, caballero—dije con mucha dignidad.

«—Debe usted saber que nosotros aguardábamos a uno de nuestros amigos y que hasta nos preocupa su retraso y aun más la absoluta carencia de noticias...

«—De nuestros amigos... ¿cuáles?—pregunté no comprendiendo a quién quería aludir.

«—De los nuestros... del señor Lagard y mío; sí, y examigo también del señor Larouchy. Pero puesto que ha aparecido usted y el tiempo apremia, y quizá fuera perjudicial esperar por más tiempo, he pensado proceder sin más demora. Y usted es justamente el hombre que necesitamos.

«En esto se levantó el falso Lagard; con dos o tres papirotazos se sacudió del chaleco algunas briznas imaginarias de ceniza, y se puso luego a pasear nerviosamente arriba y abajo a lo largo de una de las cortas paredes del camarote, mímica que me permitió una vez más no abrir la boca.

«—De manera que Larouchy le está esperando a usted?—preguntó, implacable, el otro.

«—Creo que sí. No a mí personalmente, pero de seguro a un amigo de Enrique D'Alimand ya que no a Enrique mismo.

«—¡Muy bien! Es decir, ¿que podrá usted fácilmente hacerse dar las cartas que nos interesan?



»De pronto vislumbré como en una llamareda lo que pretendía de mí el que se hacía llamar Delheure y traté de hacerle creer que me prestaba a su juego.

»—Sí—repuse—creo que obtendré fácilmente de él las cartas que *nos* interesan...—y pronuncié el *nos* como si mi interés fuese o estuviese próximo a ser común con el de ellos—Estoy aquí precisamente con ese objeto.

»El semblante del secuestrador se iluminó con una sonrisa. Su voz sonó ya apagada e insinuante:

»—Comprende usted ¿verdad, amigo mío? la necesidad de que esos papeles estén todos cuanto antes en nuestras manos? Son cartas nuestras, comprometedoras... ¡Y ese imbécil moribundo sería capaz de cualquier otra majaderial

»—¡Sí! es peligroso...—afirmé yo, con acento sibilino todavía.

»—Por eso tiene usted que ir a hacerse cargo de los documentos. Y ¡mucho ojo! no vaya a haber duplicados... Cuidará usted también de que antes de morir no se le ocurra sacar copias o expedirlos... De todos modos, él le creará a usted sin más ni más amigo *todavía* de D'Alimand... Con los papeles que lleva usted encima, sus notas y la carta de Hodgsonfield—y me devolvió mis efectos—no pondrá objeciones, de fijo... Y cuando haya muerto...

»Yo asentí con la cabeza, pensando para mis adentros:—Vosotros, soltadme, y luego ya veremos.

»—Naturalmente—continuó—usted entrará a participar, en nuestra misma medida, de las utilidades que la empresa nos produzca. La fortuna de Larouchy, por lo que cuentan, asciende a varios millones...

»Una breve pausa.

»—Pero hay que darse prisa antes de que surja cualquier otro impedimento. Y cuando tenga usted ya los papeles... Ya sabe que el tal Larouchy está, como suele decirse, dando las boqueadas... ¡Si usted lo viera! Es una sombra enteramente. Y ni le reeonomía siquiera. ¡Oh!

bastaría, creo yo, el más ligero empujón para hacerle caer de una vez en la fosa.

»Yo no sospechaba aun la horrenda monstruosidad del proyecto, el acto infame que pretendían de mí a trueque de perdonarme la vida; pero de pronto Delheure me habló de ello en forma an explícita que yo permanecí algunos instantes con el aliento cortado, incapaz de modular una sílaba.

»—Es necesario—dijo—poner a Larouchy en condiciones de no poder hablar más..., conviene, en suma, que antes de nuestro regreso a Europa haya él muerto. ¿Me entiende usted?

»—¡Pero eso es un delito!—exclamé cuando pude recobrarme de mi terrible estupor—¡es un crimen lo que usted me propone!

»El llanto me hacía un nudo en la garganta, la vista se me nublaba; y el camarote, con aquellos dos hombres que tenía delante, me pareció de pronto convertido en una de aquellas misteriosas cámaras de tortura de que se nos habla en las viejas historias de la ferocidad medievoal.

»—¡Bah, bah, bahl! ¡qué delito ni qué crimen!—decíame en tanto el llamado Delheure—No exageremos; Larouchy, hoy por hoy, está más muerto que vivo...

»—¡Pues bien, no!—tuve la fuerza de protestar—No haré jamás semejante cosa.

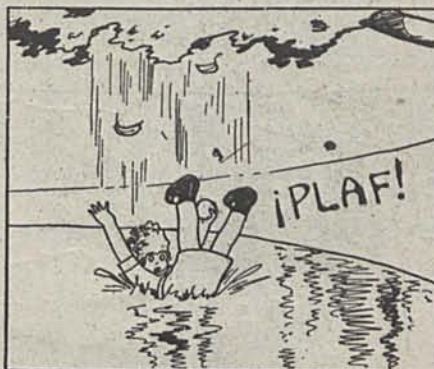
»—¡Oh! la hará usted si estima en algo su vida—dijo el bigotudo, con la voz alterada por una cólera repentina y poniendo la mano abierta sobre la empuñadura del revólver—. Lo hará usted porque no tiene medio de escapar. Créame, señor Mandiguet: ganará usted más poniéndose a nuestro lado que haciéndonos frente. Y además, usted es el único hombre que puede hoy apoderarse de esos malditos papeles y yo no estoy por perder la buena ocasión que se me ofrece de alistarle irremisiblemente en nuestras filas. Sólo que usted es también el hombre que, al recobrar la libertad, puede hoy y podría luego perjudicarnos irreparablemente, y por eso es por lo que quiero ponerle en la

(Continuará en el próximo número)



# ANITA

## BUEN-CORAZON







# El pequeño guerrero del Transvaal

Por E. Salgarí

(Continuación)

ejército contra la colina, mientras sus cincuenta cañones vomitaban huracanes de metralla. Dick se detuvo pálido

de rabia y con la muerte en el corazón.

—¡Demasiado tarde!—exclamó.

—¡Nuestros compañeros están perdidos!—respondieron sus hombres.

—Lo mejor es que vadeemos el río y escapemos mientras haya tiempo—dijo un viejo boer—. El sacrificio de nuestra vida no servirá de nada al general, y nosotros podemos aun ser útiles a la patria.

No podía hacerse otra cosa. La colina, cercada de todos lados por sesenta mil hombres que se lanzaban al asalto, iba a caer de un momento a otro en manos de aquel enemigo tan enormemente superior.

—¡En retirada!—gritó Dick con lágrimas en los ojos.

De pronto, en medio del fragoroso tumulto de aquella multitud de regimientos que acometían al resto del maltratado ejército boer con hurras estentóreas, se oyeron muy próximas algunas descargas de fusilería.

—¡La infantería montada!—gritaron los exploradores.

Un escuadrón de caballería había surgido inopinadamente de entre los árboles que cubrían las orillas del río, abriendo el fuego contra el pequeño grupo.

—¡Amigos!—gritó Dick, que no había perdido la serenidad

—¡A tomar posiciones!

En menos que se tarda en decirlo, los cuarenta boers echaron pie a tierra, y se parapetaron detrás de los caballos tendidos en el suelo, armando sus fusiles. La infantería montada, después de algunas descargas, se preparaba a cargar sable en mano, creyendo fácil empresa reducir a aquel puñado de jinetes. A la cabeza de los asaltantes, Dick descubrió, a la luz de la luna, que estaba saliendo, a un oficial de elevada estatura, montado en un soberbio animal de gualdrapa negra. Al verle, el corazón le saltó dentro del pecho.

—¿Será John Douglas?—se preguntó.

El escuadrón cargaba a la desesperada, con los sables en alto, gritando a voz en cuello:

—¡Rendios!

—¡Fuego!—gritó Dick por toda respuesta. Los cuarenta boers, parapetados detrás de sus monturas, contestaron con una descarga nutrida que derribó a un buen número de hombres y caballos.

Aunque diezmado, el escuadrón sostenía la carga, y el oficial, delante de todos, rebasó la primera línea, vociferando:

—¡Paso a John Douglas, el invencible!

Un grito terrible fué el eco de aquella baladronada. Dick se había incorporado y encañonaba al oficial. Afinó la puntería e hizo fuego, gritando:

—¡Soy el hijo de Herson, el fusilado!

Douglas, herido en pleno pecho, cayó del caballo, soltando el sable. Iba Dick a lanzarse sobre el caído, cuando un sargento que seguía al oficial le disparó a quemarropa con su revólver. Un alarido de furor salió de las filas boers:

—¡Vengamos a nuestro corneta!

Y agrupados en torno al cadáver del pobre joven, fusilaban rabiosamente a los jinetes, cuya carga había perdido en intensidad al morir su comandante. Bastaron algunas descargas para dispersar a aquellos mercenarios, bastante disminuidos en número. Se les vió huir hacia el campamento inglés y desaparecer en los bosques que flanqueaban el río. Los boers levantaron a Dick, que no respiraba. La bala del sargento le había herido en el corazón, y su muerte había sido instantánea. Lo envolvieron en la manta de su caballo, y vadearon el río para darle honrosa sepultura, abriéndole una fosa junto a un corpulento baobab en cuyo tronco grabaron su nombre.

El heroísmo del joven boer había sido vano.

La batalla había durado catorce horas, con pérdidas enormes por ambas partes, y al cabo los boers, agotados, hubieron de rendirse. Ya no quedaban más que dos mil quinientos. Aquellos valientes fueron más tarde embarcados y conducidos a la isla de Santa Elena, donde ochenta y cinco años antes muriera el gran Napoleón, y allí permanecieron hasta el término de la guerra, que cesó con la sumisión de las dos desgraciadas repúblicas.—FIN.

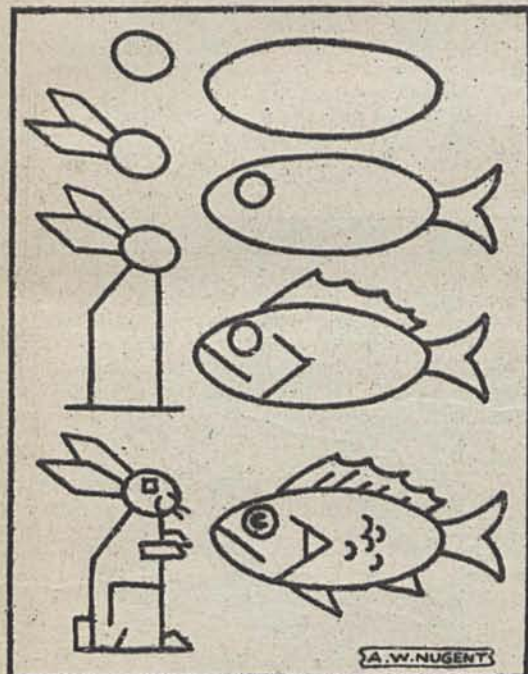




# PARA PASAR EL RATO



## TODOS DIBUJANTES



Infatigables pinochistas; después de treinta y cinco años y medio de incansables pesquisas y continuas investigaciones he sacado en consecuencia la siguiente verdad. «Aprender a dibujar cuesta menos trabajo que tirar, en ese tiempo, en pyjama en el Polo Norte... y como muestra de que yo cuando digo una cosa la sostengo, aquí tenéis una plana de sencillísimos dibujos. Un conejo y un pez.

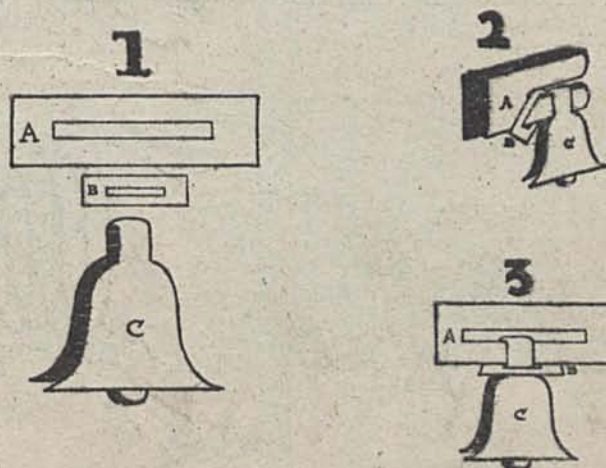
## EL "CINE" EN CASA



Supongo que seréis aficionados al cinematógrafo. Bueno. Pues si lo sois no tenéis más remedio que alegraros al ver este dibujo. Como que recortando las partes que hay en él, en blanco, y proyectando, después, la sombra en una pared, recibiréis una agradable sorpresa.

## CÓMO SE CONSTRUYE UNA CAMPANA

Claro que la campana no tendrá volumen ni sonará pero será campana al fin. Para ello no tenéis nada más que recortar tres dibujos iguales a los del número 1. Pero tened en cuenta que en el grabado figura el dibujo C doblado. Después no tenéis nada más que seguir las indicaciones gráficas de los números 2 y 3. Es decir primero se dobla el dibujo A tal como podéis ver. Después se introduce en él el dibujo B, y luego, en el hueco que queda entre este dibujo y el que forma el doblez del dibujo A, se introduce el dibujo C. Lo demás ya lo terminaréis sobre la marcha.



J. Schreiber





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OYE NIÑO, A QUE NO SABES TÚ  
CUAL DE LOS DOS ES MÁS TES-  
TARUDO ¿TÚ O YO?

¡YO!



¡JA, JA, JA! ¡NO ME HAGÁIS DE REIR  
DON GONZALO! ¡DECIR QUE ERES  
TÚ MÁS TESTARUDO QUE YO! ¡JA, JA!

NO SE APOSTARÁ TRES  
REALITOS A QUE YO TEN-  
GO LA CABEZA MÁS  
DURA



ME APUESTO TODAS LAS TRAMPAS  
QUE HEREDARÉ DE MI TÍA RAMONA  
CUANDO SE MUERA, A QUE A CA-  
BEZÓN NO ME GANAS TÚ

Y YO ME APUESTO  
UNA LATA DE CALA-  
MARES A QUE SÍ



TRATO HECHO. ¿DONDE VAMOS A PER-  
PETRAR EL DESAFÍO?

¡ALLÍ ENFRENTÉ  
NO SEÑOR, EN  
AQUEL SITIO



HE DICHO QUE ALLÍ ENFRENTÉ  
Y TIENE QUE SER ALLÍ. A MI NO  
ME GANA A CABE-  
ZÓN NINGUN TIO  
CON BIGOTE



Y YO HE DICHO QUE EN AQUEL  
SITIO Y TIENE QUE SER EN AQUEL  
SITIO. A MI NO ME GANA A CABE-  
ZÓN NINGUN CALAMAR CON GO-  
RRO



HE DICHO QUE ALLÍ

Y YO SOSTENGO  
QUE ALLÁ

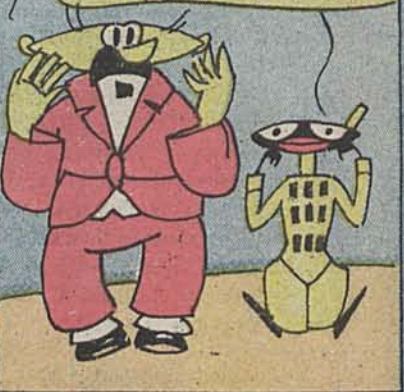


¡BRRRR!



MIRA, CURRINCHE. VAMOS A DEJARLO  
PARA OTRO DÍA, PORQUE NOTO SÍNTOMAS  
DE APEPINAMIENTO

YO TAMBIÉN NO  
TO ALGO RARO. LO VEO TODO







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

## EL TÍO DE LAS NARICES

**L** Rey de Persia Aben-Omar estaba un día con los augustos pies metidos en una jofaina llena de agua de rosas, y medio dormido, cuando un estrepitoso estornudo estremeció de horror a los cortesanos y despertó sobresaltado al Rey.

—¿Quién ha sido?—preguntó el Monarca.

—¡Señor!—exclamó un joven—, he sido yo, que no lo he podido evitar.

—¿Lo ahorco?—preguntó el Gran Visir.

—Todavía no; espera. Acabas de interrumpirme el más dulce sueño de mi vida. Si me lo haces recordar, te perdono; pero si no, haré que te corten las narices para que no vuelvas a estornudar en toda tu vida.

—¡Señor!—contestó el infeliz cortesano agarrándose las narices—Mi nariz y mi persona os pertenecen, señor; mas no dudo que, si me dejáis cinco minutos de reflexión, con la ayuda de Dios os haré recordar vuestro sueño. Poderoso Monarca—continuó—Soñábais que doce Príncipes solicitaban la blanca mano de la augusta Princesa Mariflor. Que once de ellos eran gallardos, y uno tenía un defecto; aquéllos eran poderosos, y éste de poca fortuna, y, sin embargo, Vuestra Majestad eligió por Príncipe heredero al candidato defectuoso.

—Si me dices por qué lo elegí—interrumpió el Monarca—, tuyas son las narices.

—Lo eligió Vuestra Majestad por ser el más aventajado en ingenio y haber vencido a sus contrincantes en las pruebas a que Vuestra Majestad los sometió.

—Muy bien; ahora lo recuerdo perfectamente. Que Dios te conserve tus narices por los siglos de los siglos. Y bien—exclamó el Monarca—; quiero seguir las inspiraciones del ensueño cuya descripción habéis oído; desde ahora queda abierto el concurso para aspirar a la mano de Mariflor. Avisad, Gran Visir, a todos mis embajadores, y que todas las cortes sepan cuál es mi decisión. Es condición precisa que los

Príncipes que aspiren a ser mis sucesores envíen con toda urgencia su retrato.

—¡Oh qué buen señor! ¡Qué cumplimento más delicado!

Anunciaron los embajadores el deseo de su señor en todas las capitales de los reinos vecinos, y bien pronto comenzaron a llegar memoriales y retratos de Príncipes en todas las actitudes imaginables. Pero, entre todos, uno descollaba por su horrorosa sencillez: el del Príncipe de Tokay, que aparecía de completo perfil, luciendo unas narices tan disformes como jamás se habían visto, no ya iguales, pero ni en diez tantos aproximadas en todo el reino pérsico.

La Princesa, llamada a contemplar el retrato de aquel aspirante a marido, lejos de reír, comenzó a llorar con desconsuelo, y a poco se desmaya.

—¡No quiero ver al tío de las narices!—gritaba—¡Valiente adefesio! ¿Y con esa cara se atreve a pedir mi mano? Papá, declárale la guerra, cógele prisionero y hazle el favor de mondarle las narices, aunque no sea más que por complacerme.

No se atrevió el Rey a desairar al Príncipe de Tokay, y cuando llegó quiso darle el abrazo que marca la etiqueta; pero tropezó en la nariz y a poco se saltó un ojo. Por fin, un cortesano apartó cuidadosamente las narizotas, y pudo cumplirse la

ceremonia palatina. Al día siguiente fueron convocados todos los Príncipes para dar pruebas de su ingenio.

—He aquí las preguntas que habéis de contestar—dijo el Rey.

—¿Cuál es la cosa de más valor en el mundo? ¿Cuántas espuertas de tierra podrían sacarse del monte que se ve desde Palacio? ¿Cuál es el compañero más traidor que todos tenemos?

Concedióseles una hora para que pensaran las respuestas, encerrados aisladamente.

Unos declararon que tales preguntas eran demasiado difíciles para contestadas tan pronto; otros dijeron lo que les pareció, pero tan estúpidamente, que el tribunal y la corte no pudieron contener la risa.







Por último, tocó el turno al Príncipe de Tokay, el cual, inclinándose con respeto, contestó:

—La cosa de más valor en el mundo es la vida, porque es la más maravillosa obra de Dios. El monte que se ve desde Palacio tiene exactamente dos espuelas de tierra, siempre que se haga una en que quepa la mitad del monte. Y el compañero más traidor es el tiempo, que es nuestro amigo en la juventud, nuestro compañero en la edad viril, y, al fin, nos mata alevosamente en la vejez.

Sonrió el Rey, aprobó el tribunal y aplaudió la corte. La misma Princesa pareció encantada.

—Sin duda alguna—dijo el Monarca—sois el vencedor en esta lucha de inteligencia; ahora falta que venzáis en la de fuerza y destreza.

\*\*\*

En la plaza pública se levantó un tablado para el Rey, los jueces y la corte, y poco después los Príncipes, revestidos de sus armas y montados en soberbios caballos, acudieron a la palestra.

Entregaron a cada uno una lanza, y comenzó la lucha. El primero de los Príncipes luchó con el segundo, el vencedor con el tercero, y así sucesivamente.

El Príncipe de Moscovia, que era un hombre fornido, llevó la mejor parte de la contienda y dejó a sus contrarios muy estropeados a lanzadas, derribándolos a todos de los caballos y haciendo que se declararan vencidos, so pena de rematarlos como a corderos.

Cuando apareció el último, el endeble Príncipe de Tokay, un murmullo de lástima circuló por el público. El de Moscovia no tendría para empezar. Además, como aquellas narices no cabían en ningún casco conocido, el Príncipe las lleva al aire con la visera levantada. Eso era una desventaja manifiesta,

pues el otro estaba cubierto de hierro de pies a cabeza.

Acercóse el de Moscovia al tablado donde se hallaba la Princesa, y la dijo:

—Bellísima Mariflor: sé que tenéis el capricho de que achiquen las narices al Príncipe de Tokay, y yo voy a arrancárselas de raíz, para ofrecéros las como regalo de boda.

Y, diciendo esto, arremetió a su contrario, que le esperaba

muy sosegadamente. Chocaron las lanzas contra los escudos y saltaron en astillas; quedaron encabritados los caballos, pero ni uno ni otro se movieron de la silla; rotas las lanzas, echaron mano de las espadas, y comenzó un furioso martilleo, hasta que, rotos también los aceros, acercóse el Príncipe de Tokay a su adversario, y con una sola mano, ¡vigor increíble!, le sacó de la silla y le tiró rodando a la arena.

Un fuerte aplauso resonó, y de todas partes vitorearon al vencedor.



Apeóse éste del caballo, y acercándose a su enemigo, que aun no había podido ponerse en pie, le hizo confesar su derrota. La Princesa le miraba entre asombrada y confusa, y el Rey la dijo:

—¡Al fin te toca el narizotas! Pero consuélate, porque le pondremos una funda.

Acercóse el Príncipe al estrado, y, después de recibir el parabién del Rey, le dijo la Princesa:

—Confieso, Príncipe de Tokay, que no sois guapo; pero de tal modo os habéis comportado, que seré sin repugnancia vuestra esposa.

—Mi bellísima Princesa—exclamó el caballero—, tan reconocido quedo a vuestra bondad, que os hago este regalo de boda.

Y, al decir esto, dióse un fuerte tirón de la nariz, arrancándosela de cuajo. La gente gritó; pero, entre la general sorpresa, se vió que debajo de aquellas narices de cortón llevaba las suyas naturales, que, por lo finas y bien modeladas, nada tenían que envidiar a las mejores.

El Príncipe de Tokay no era otro sino el cortesano del estornudo.

—He apelado a este recurso—añadió—porque no quería que me conocieséis ni amaséis sino por mis cualidades, y no por mi rostro, pues la belleza pasa y el talento es un don divino que perdura.

La Princesa a poco muere de gozo viendo tan arrogante a su futuro, y el raro suceso fué la conversación de toda la ciudad.

\*\*\*

«Los defectos físicos no valen nada cuando se tiene el corazón generoso y elevado, y claro el entendimiento.—FIN.







**T**ANTO se ha vulgarizado ya la Telefonía sin Hilos que puede asegurarse, sin casi temor a error (pondremos este casi porque para todas las cosas hay gustos refractarios) que no hay hogar, por modesto que sea, sin un aparato de radio más o menos complicado.

Las ondas hertzianas (que así se llaman en honor del sabio alemán Hertz que fué quien las descubrió) son las portadoras de cuantos sonidos lanzan al espacio los aparatos de transmisión, y tan misteriosas mensajeras no precisan de puertas ni ventanas para entrar en todos los recintos. Como el Comendador del famoso drama de Zorrilla (ya supondréis que me refiero a Don Juan Tenorio) penetran a través de los muros más espesos.

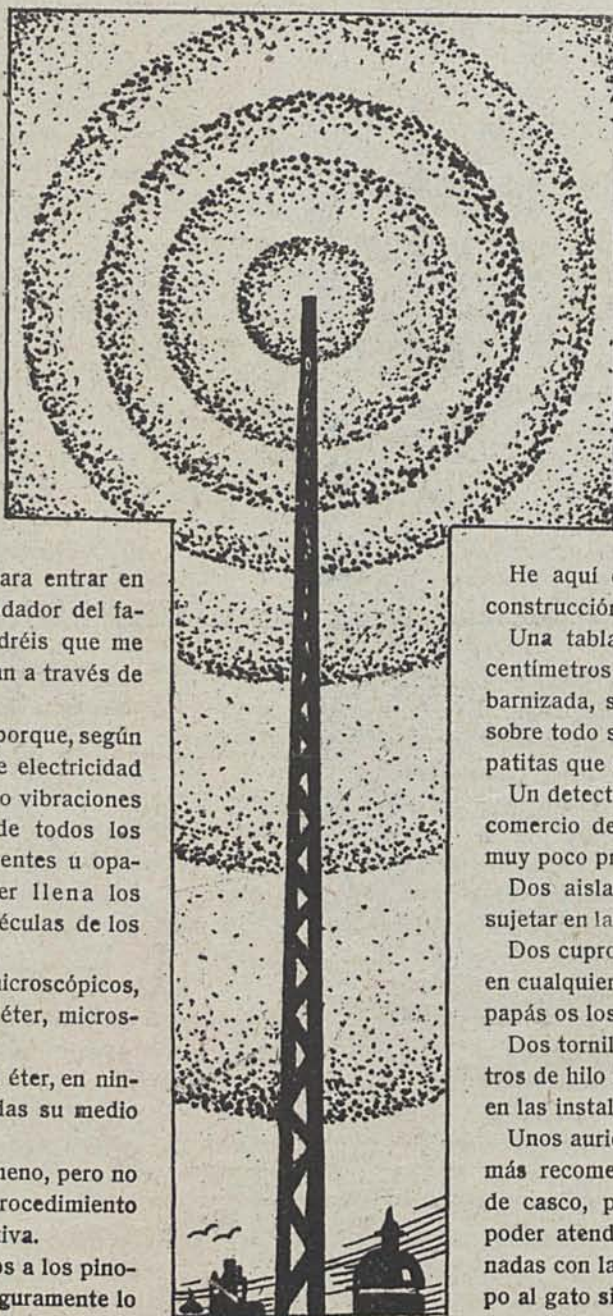
¿Que por qué sucede esto? Pues porque, según los especializados en esta ciencia de electricidad o magnetismo, las ondas no son sino vibraciones del éter, y éste se halla dentro de todos los cuerpos, duros o blandos, transparentes u opacos, porosos o compactos. El éter llena los huecos que dejan entre sí las moléculas de los cuerpos.

A veces, estos espacios son microscópicos, pero están llenos de cantidades de éter, microscópicamente pequeñas también.

Y como en ninguna parte falta el éter, en ninguna parte falta tampoco a las ondas su medio de transmisión.

Grande y maravilloso es el fenómeno, pero no es menos sencillo y económico el procedimiento para sacar de él una utilidad recreativa.

El aparato, cuyo modelo ofrecemos a los pinochistas aficionados a la radio (y seguramente lo



serán todos) es de una construcción sencillísima y de un rendimiento sorprendente.

Claro que no hay que pretender oír con él Londres, Milán, ni otras estaciones lejanas. Pero las emisoras locales se oyen perfectamente, y esto ya es mucho, si se tiene en cuenta la simplicidad de los elementos que se necesitan para construir este extraordinario «supercuproniquelino». Lo hemos bautizado con este archicientífico nombre en honor a los dos cuproníqueles que solucionan el circuito del aparato.

He aquí el material que se precisa para su construcción:

Una tabla cuadrada que tenga unos quince centímetros de lado. Si esta tabla está pintada y barnizada, su aspecto podrá ser hasta elegante, sobre todo si se colocan en sus ángulos cuatro patitas que eleven algo el tablero.

Un detector de galena, de los que en cualquier comercio de artículos de radio suministran por muy poco precio.

Dos aisladores de los que se emplean para sujetar en las paredes los hilos de la luz eléctrica.

Dos cuproníqueles (Por dos reales os los darán en cualquier parte, y hasta seguramente vuestros papás os los proporcionarán gratis).

Dos tornillos, seis bornas y unos cuantos metros de hilo flexible del corrientemente utilizado en las instalaciones de luz.

Unos auriculares telefónicos. Desde luego son más recomendables los que tienen dispositivo de casco, porque dejan las manos libres para poder atender con ellas a tomar notas relacionadas con la audición (y hasta para dar un sopapo al gato si se sube a la mesa a enredar).





Una vez adquirido este material, que como véis es bien poco, esperáis a que llegue uno de esos domingos de tarde fría y lluviosa. Uno de esos días que no brindan atractivo alguno para salir a la calle y apetece en cambio quedarse en el acogedor abrigo de la casa.

El montaje del aparato es tan sumamente sencillo que basta con tener a la vista el dibujo que acompaña a estas líneas.

Por antena puede utilizarse el somier de una cama, y por tierra la cañería del agua.

Las ondas hertzianas necesitan, para circular por el aparato una entrada y una salida. De ahí la necesidad de una antena, o elemento de entrada y una toma de tierra o elemento de salida.

Los cuproníqueles se sujetarán al tablero por medio de los tornillos que previamente habréis adquirido. Estos tornillos, pasando por el agujero de las monedas y por el de los aisladores van a sujetarse a la tabla del fondo.

Es preciso hacer en cada cuproníquel tres taladros, a más del que ya tienen en su centro para sujetar en ellos los hilos en la forma indicada en el dibujo.

Claro que estos hilos siempre que hayan de hacer contacto con alguna borna o algún cuproníquel será preciso raspar la envoltura que los rodea, hasta dejar los hilillos al descubierto.

Si no se hace esta operación el fracaso sería completo

porque los contactos no serían tales contactos ya que la envoltura del flexible es completamente aisladora.

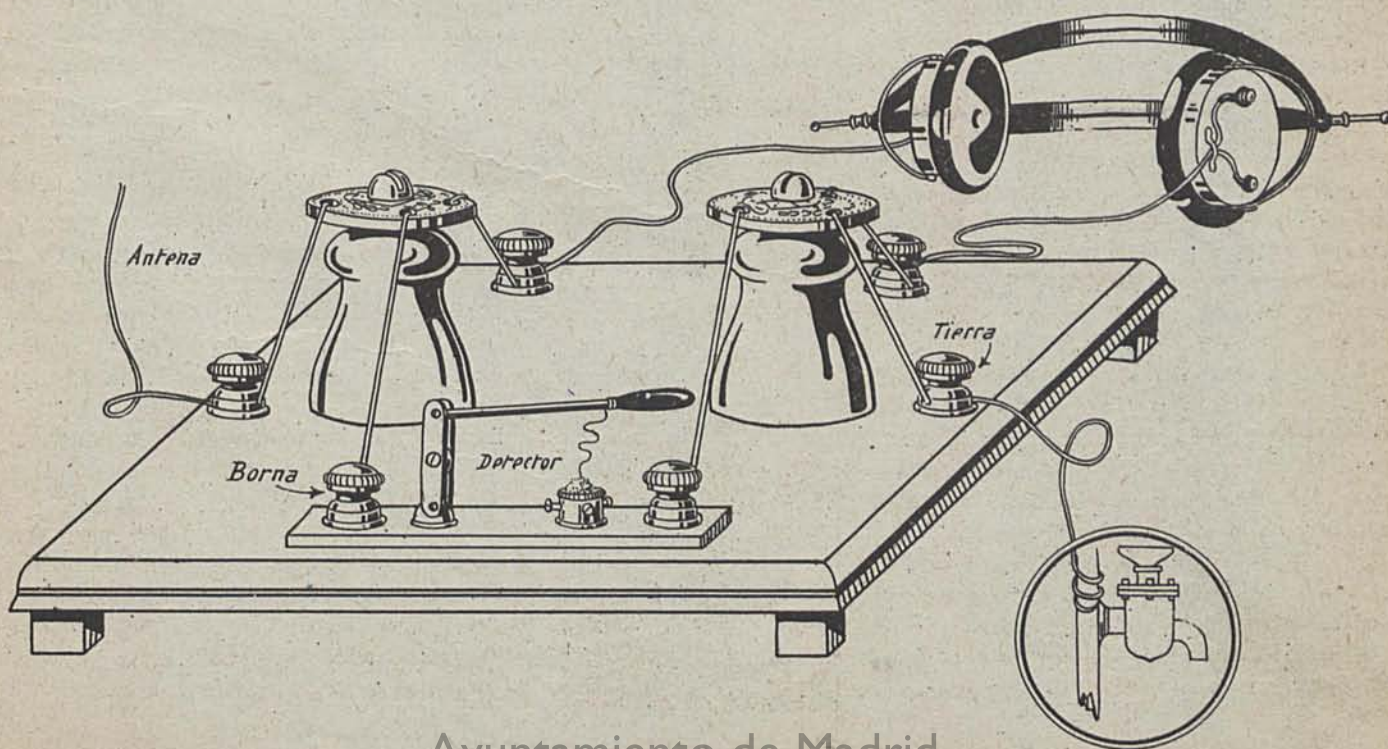
Una vez puesto en marcha el aparato «supercuproníquelino» no hay que hacer otra cosa sino buscar con la aguja del detector un punto muy sensible de la galena y la audición os sorprenderá por su potencia y su pureza.

Fácilmente comprenderéis que el órgano más importante del aparato es el detector. En él se encierra todo el misterioso secreto del funcionamiento de la radio.

El detector, que en este caso es la galena, tiene por objeto descubrir o delatar el paso de las ondas hertzianas.

Estas ondas, como hemos dicho anteriormente, son vibraciones del éter y tales vibraciones, que en los casos de transmisión de conciertos se producen por medio de sonidos, cabalgan por el espacio en alas de lo invisible, llegan a los aparatos receptores, en los que el órgano detector señala su paso y las transmite a los teléfonos, donde al oscilar la membrana con la misma frecuencia e intensidad que la del micrófono transmisor, vuelve a reproducirse el sonido con igual exactitud que en la estación emisora.

Ya tenéis, pues, una noción del maravilloso fenómeno de la radio. Ahora a poner en juego vuestra ciencia, paciencia y habilidad, y veréis como pasáis ratos muy agradables saboreando los rendimientos de este «supercuproníquelino» sobre cuyo tablero podéis poner, una vez construido, y comprobado su buen funcionamiento, una pequeña cartulina con vuestro nombre y a continuación el ostentoso título de «Ingeniero de radiotelefonía».





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi amiga  
Rosario  
M. A. Cortina  
8 años



Mi amigo  
José Angel  
G. Cortina  
5 años



Un gato  
Rosario Losada



Mi tío  
Rafael Raya



Mi primo  
Rafael Raya



Juanita Pérez



¿En qué se parece un  
jardín a ti, cuando  
tenías la pierna mala?  
En que coge-habas  
M.ª Pilar G. Gende  
10 años



Pinocho  
Rosario Losada



Blanquita  
Nicolás Moya



Trilogía  
A. Estrada



Mi zapato de Reyes  
Mari-Carmen Moyano



San José  
Roberto Teixido  
8 años



Francisco Pizarro  
Inés Jaraquemada  
13 años



Camafé  
Lolita Fernández  
13 años



Aventura de caza.—Nicolás Menéndez, 12 años



Espadachín  
J. Antonio Urgratía



Andresito  
R. de la Rosa



Un miura  
G. Hidalgo



Samitier  
E. López



Una viejecita  
Pilar Molina



Un penitente  
Penita García  
7 años



De paseo  
María García



Doña Tecla  
J. Orcazarán  
13 años



Laura  
Enriqueta E. García



Morrunguis  
Carlos Orlando



G Barreta



Un loro  
por Pérez



Mi sobrino  
Rafael Raya



En las carreras,  
por Un desconocido



Mi tío Pepe  
L. Bermúdez  
12 años



La colorra  
F. González



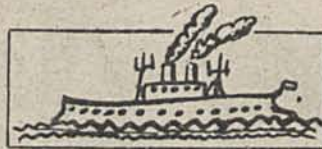
Colorín  
F. González



Un gato  
J. Bonil



Dibujo.—Luis Vidal



El buque de Pinocho  
Ignacio de Foxá, 5 años



Globitos.—M. C. C.



Antes de la carrera.—Antonio Castilló, 8 años



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

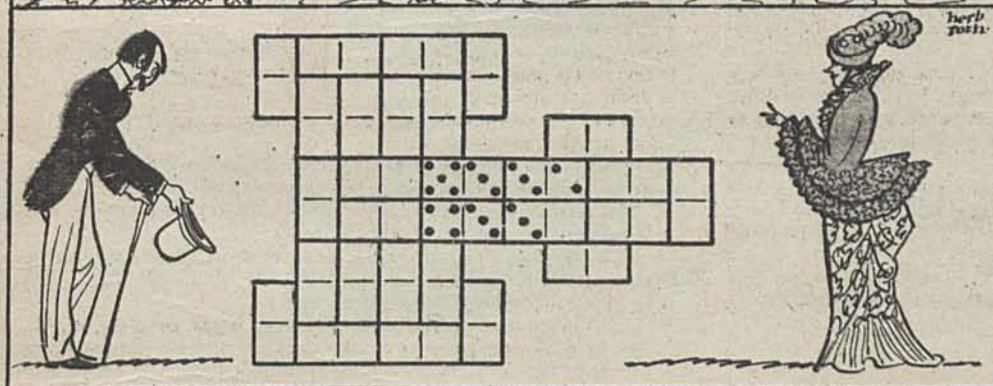
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## EL DOMINÓ

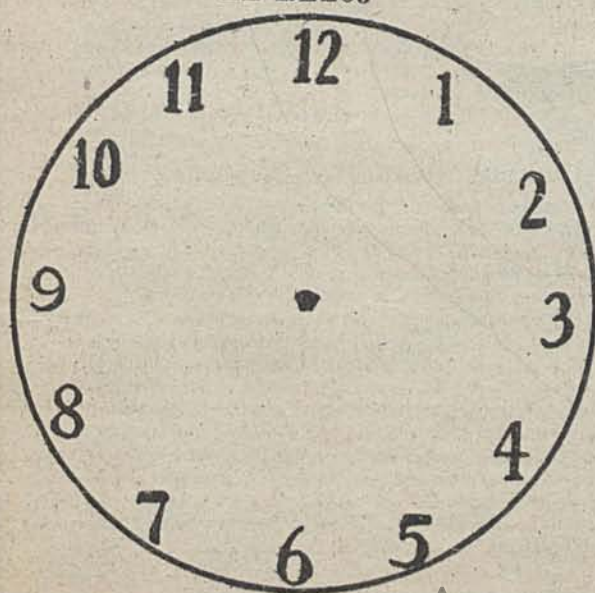


Supongo que todos tendréis en casa un dominó. No me refiero a un disfraz, no. Hablo del juego de dominó.

Bueno. Si lo tenéis cogedlo inmediatamente y prestad oído... Se trata de que coloquéis las fichas en los lugares indicados en el presente dibujo pero de manera que queden formando grupos de cuatro cuadros, con el mismo palo... Es decir... Vosotros véis que en el dibujo hay un 3-5, un 3-4, un 3-2 y un 3-0. También observaréis que hay un cuadrado formado por cuatro 3. Pues bien, de eso es lo que se trata... De combinar las fichas formando cuadrados, con ellas, del mismo palo... A pensar...



## EL RELOJ



Dividir el reloj en tres trozos de forma que la suma de las cifras que haya en cada trozo sea 15.

Hay que rodear los seis cuadrados con el menor número posible de líneas rectas pero recorriendo además todos los caminos...

## LAS CALLES





# SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

## EL DEDAL DE CHELÍN



cosas mientras que las dos hacen labores?

Hace pocos días, Nina María trajo a su ahijada un lindo dedal de plata, adornado con unas florecillas esmaltadas en azul y rosa; y con lo que a Chelín le gusta hacer labores, figuraos lo impaciente que estaba por estrenar su dedal.

Lo estrenó en seguida, buscando en el saco de los trapos de mamá, encontró, ayudada por su madrina, un trozo de paño color café y unos cuantos recortes de tela de diferentes colores y calidades; con estos elementos, madrina y ahijada se dedican a confeccionar un tapete de mesa, aplicando los recortes sobre el paño, según uno de los procedimientos que os indiqué no más tarde que la semana pasada.

Con su nuevo dedal, Chelín está en sus glorias; de pronto, suspira:

—¡Pobrecillas!

—¿A quienes te refieres?—pregunta Nina María.

—A las niñas que cosían antiguamente cuando todavía no se había inventado los dedales; ¡cómo se pincharían!

—Por ellas no pases pena, ha habido dedales en el mundo casi, casi desde que las mujeres empezaron a coser; y hace muchos siglos que las mujeres cosen.

Chelín abre los ojos muy grandes, lo cual no le es difícil pues ya, de por sí, los tiene de un tamaño más que regular.

—¿Qué dices, madrina?—exclama—Entonces cuando Dios creó el mundo, le enseñó a Eva a coser y le regaló agujas y un dedal?

—Tanto como eso, no; pero en tiempos remotísimos, cuando

la gente vivía todavía en cavernas, y se alimentaba con la carne de animales que cazaban, ya las mujeres cosían las pieles de esos animales para hacerse trajes. Ahora que las agujas eran gruesas espinas de plantas y los dedales eran tiritas de cuero que se enrollaban alrededor del pulgar.

Estas tiritas fueron tomando la forma de un dedal de cuero que más tarde se hizo de madera o de hueso.

¡Ay! qué gracia—exclama Chelín—¿de modo que las bisabuelas de las tatarabuelas de nuestras... bueno, las señoras de hace muchos, muchos años, se ponían el dedal en el pulgar? Y eso ¿cómo se sabe?

Pues por las dimensiones de los dedales que se han encontrado en las cavernas; además, eso de ponernos el dedal en el dedo medio como lo hacemos hoy es más reciente de lo que tú te figuras; y la prueba es que el dedal en inglés se llama *thumb* lo cual quiere decir «campana del pulgar».

¡Cuántas cosas sabe Nina María! Chelín está llena de admiración. Luego contempla su dedal de plata esmaltada y declara con satisfacción:

—De cuero, de madera... ¡qué feos debían de ser aquellos antiguos dedales! ¡Qué diferencia con el mío!

—Claro que aquellos dedales de la época de las cavernas no eran tan bonitos como este; ahora que los ha habido...

—¿Más bonitos?—pregunta Chelín incrédula.

—Por lo menos más valiosos; figúrate tu que en Egipto se fabricaban para las princesas dedales con cierta preciosa piedra azul que se encuentra en los alrededores del Nilo, nada más. Las nobles damas griegas usaban dedales de oro puro; y en la Edad Media, en que las mujeres y las niñas cosían y bordaban mucho más que ahora, se han fabricado dedales de oro con piedras finas, que eran verdaderas joyas.

¡Bah!—concluye Chelín despectiva—ninguno de todos aquellos dedales valió jamás lo que el mío.

—¿Por qué?—pregunta Nina María, sorprendida.

—Porque ninguno de ellos fué jamás regalado por una madrina como la mía.

## PIRULA MUEBLISTA (Una mesita práctica)

Aquí os presento, amigas Pirulindas, un extraño mueblecito que, abierto, sirve de escritorio, o de mesa para poner un libro, un cacharro con flores, una cestita de labor, y, cerrado, apenas ocupa sitio, con lo cual puede colocarse en cualquier parte, al pie de un diván, a la cabecera de una cama, en el hueco de una ventana.

Un ebanista económico os lo hará por un precio módico con tal de que le enseñéis este grabado y le déis las siguientes indicaciones:

Las tablas de los lados miden veinte centímetros de ancho por un metro diez de alto; las de arriba y de abajo, veinte de ancho por sesenta de largo; la tabla central tiene, naturalmente también, sesenta centímetros por cada lado; esta tabla cuadrada va apoyada a un soporte, colocado a una altura de setenta centímetros del suelo; puede bajarse merced a unas bisagras y conviene que tenga unas palomillas para sostenerla cuando está bajada, y que, en la tabla de arriba del bastidor se coloquen dos lengüetas de madera para sujetarla cuando está levantada.



GALLAND 29